

¿EXISTE UNA VIDA HUMANA “100% NATURAL”?

María G. Amilburu

(Universidad Nacional de Educación a Distancia - UNED)

Antes de poder responder a esta pregunta conviene señalar que, en su enunciado, la palabra “natural” se emplea como sinónimo de “lo que no ha sido hecho por el ser humano” -es decir, el cosmos, el mundo físico: montes, ríos, árboles, etc.- lo que no es “cultural”, que es lo que ha sido hecho por el hombre¹.

¿Qué es, la “cultura”? Etimológicamente, el término “cultura” proviene del verbo latino *colere* (cultivar), y encierra un triple sentido: físico (cultivar la tierra), ético (cultivarse según el ideal de la *humanitas* clásica) y religioso (dar culto a Dios). Abarca por tanto las tres grandes líneas de despliegue de la acción humana: la razón técnica, la razón práctica, y la razón teórica, que fundamentan el hacer, el obrar y el saber humanos respectivamente².

En su evolución semántica, el término “cultura” ha adquirido distintos matices tanto en el lenguaje ordinario como en el científico: ya en 1952 Kroeber y Kluckhohn recopilaron más de 200 definiciones diferentes³, por lo que es oportuno precisar cómo se va a emplear en este contexto.

Las acepciones más usuales de la palabra “cultura” en nuestros días son cuatro:

- a. Conjunto de conocimientos básicos que conviene adquirir; se opone la incultura.
- b. Participación vital del sujeto en los conocimientos que posee; se opone la erudición pedante.
- c. Formas de expresión artística, actividades, etc., que, sin ser necesarias para sobrevivir, confieren a la existencia humana un toque de distinción; se opone la vulgaridad.
- d. Productos de la acción humana que no se derivan ni se explican por los procesos embriológicos. Esta acepción subraya el carácter adquirido, aprendido, de la cultura, y engloba el conjunto de artefactos, conocimientos, creencias, leyes, costumbres, técnicas y representaciones simbólicas que caracterizan a un grupo social. Se opone lo congénito o innato.

Aquí vamos a referirnos a la cultura en este último sentido.

Arnold Gehlen, considerado el padre de la Antropobiología, puso de relieve cómo los seres humanos se caracterizan por su “apertura al mundo”: no solo captan las realidades que son relevantes para satisfacer sus necesidades biológicas, sino también

¹ Siempre que se emplea el término “hombre” ha de entenderse como “cualquier individuo de la especie humana”.

² CHOZA, J., *Antropologías positivas y Antropología Filosófica*, Cenlit, Tafalla, 1985.

³ KROEBER, A.L. y KLUCKHOHN, C., *Culture, a Critical Review of Concepts and Definitions*, Harvard University Peabody Museum of American Archeology and Ethnology Papers, vol. 47, n.1, Cambridge, Mass., 1952.

otras “inútiles”, como la belleza de una noche estrellada, etc.; y pueden también obrar de manera altruista, desinteresada o incluso perversa.

La conducta humana no está predeterminada por el instinto ni queda encerrada en los límites estrechos del perimundo circundante, como sucede al resto de las especies animales. La biología humana es eminentemente plástica, indeterminada y, debido a esa falta de especialización, el hombre "ha de superar él mismo la deficiencia de los medios orgánicos que se le han negado, y esto acontece cuando transforma el mundo con su actividad en algo que le sirve a la vida"⁴. El ser humano posee un organismo prácticamente inviable atendiendo a criterios exclusivamente biológicos y su supervivencia sólo es explicable porque es inteligente: no está adaptado a ningún medio ecológico, puede vivir en el Ecuador y en el Polo, en el desierto y en la selva tropical, al nivel del mar o a 3.000 metros de altitud; pero para sobrevivir, se ve en la necesidad de adaptar el medio hasta hacer de él un lugar habitable.

Al no disponer de respuestas programadas filogenéticamente para satisfacer sus necesidades vitales, el hombre debe inventarlas o aprender de lo que otros hicieron. No nace sabiendo qué hacer, y la biología tampoco se lo dice: no hay ningún elemento a nivel genético o bioquímico que determine el estilo de vida individual o social de los seres humanos, ni que fije su comportamiento, en una u otra dirección. Por eso, la plasticidad biológica humana y la inteligencia se reclaman mutuamente y hacen posible y necesaria al mismo tiempo la aparición de la cultura. Esto significa, también que, en la práctica, cualquier forma cultural puede ser asumida por cualquier individuo o raza humana.

Si el ser humano ha de adaptar el mundo físico para subsistir y "la naturaleza transformada por él en algo útil para la vida se llama *cultura*, [entonces] *el mundo cultural es el mundo humano*. Para los seres humanos, no hay posibilidad de existencia en una naturaleza no transformada, en una naturaleza no 'desenvenenada'. No hay una 'humanidad' natural en el sentido estricto: es decir, no hay una humanidad sin armas, sin fuego, sin alimentos preparados y artificiales, sin techo y sin formas de cooperación elaborada. La cultura es, pues, la 'segunda naturaleza': esto quiere decir que es la naturaleza humana, elaborada por él mismo, y la única en la que puede vivir... En el caso del hombre, a la no especialización de su estructura, corresponde la apertura al mundo; y a la mediocridad de su *physis*, la 'segunda naturaleza' creada por él mismo"⁵.

Pero, en castellano, el término “naturaleza” no solo designa el mundo físico –en el sentido empleado hasta el momento- sino que también se emplea en sentido filosófico, para significar la “esencia” –el modo de ser específico de las cosas- considerada como principio de sus operaciones. La naturaleza se predica de manera universal de todos los individuos en los que se realiza; pero conviene advertir que sería un error identificar la naturaleza con “lo que tienen en común” todos los individuos de la especie. Esa interpretación sería particularmente perniciosa si se aplicara al ser humano porque, en la medida en que se afirmase que la esencia humana es “lo común a todos los hombres” se identificaría lo “natural” con lo “biológico”, es decir, con lo menos específicamente humano⁶; y la relación entre la naturaleza humana y la cultura tendería a verse de un modo *estratigráfico*, en expresión de Clifford Geertz⁷, pues equivaldría a suponer que existe una

⁴ GEHLEN, A., *El hombre*, Sígueme, Salamanca, 1980, p. 42.

⁵ *Ibid.*, pp. 42-43.

⁶ VICENTE ARREGUI, J. y CHOZA, J., *Filosofía del hombre. Una antropología de la intimidad*, Rialp, Madrid, 1991, pp. 445-457.

⁷ GEERTZ, C., *La interpretación de las culturas*, Gedisa, Barcelona, 1987, p. 46.

base biológica común invariable sobre la que se apoyan, formando capas, las diferencias culturales. Este planteamiento induce a considerar que la materialidad del organismo biológico sería lo *esencialmente humano*, mientras que las manifestaciones culturales que tienen su origen en la plasticidad del organismo y la espiritualidad de la *psique*, como son variables, serían algo *accidental*, poco importante. Esto supondría ignorar que la innovación, la cultura, la historia, etc., solo pueden existir en un organismo viviente penetrado de espíritu: en el animal racional, es decir, el ser humano. Por lo tanto, *la naturaleza humana* abarca las dimensiones biológica y cultural: ambas son *esenciales* en el hombre. Para los humanos es *tan esencial* lo biológicamente invariable como lo cultural históricamente cambiante. Un claro ejemplo de ello es la definición que hace Aristóteles del ser humano como alguien que es, *por naturaleza, un ser que habla*. Obviamente, la capacidad natural –universal- de hablar sólo puede ejercerse en un ámbito cultural particular; porque no se puede hablar sin utilizar una lengua concreta.

En el ser humano, “lo natural” –en los dos sentidos, físico y filosófico- no se opone a “lo cultural”, sino que ambas dimensiones se reclaman mutuamente. La cultura puede entenderse, siguiendo a Aristóteles, como una “continuación” del mundo físico para hacerlo humanamente habitable⁸. El hombre está en el mundo *cultivándolo*, continuándolo, haciendo surgir algo nuevo que no estaba precontenido en el universo material. Esa novedad es precisamente la cultura: una *continuación del mundo físico* hecha por el hombre, que no consiste exclusivamente en una *transformación material* -como fabricar instrumentos, u obtener energía eléctrica a partir de un salto de agua-, sino que es también *creación de sentido* –como convertir un río en frontera, o un sonido en palabra-. Esta actividad puede llamarse propiamente *creativa*, porque el mundo físico no exige de suyo ser continuado, ni señala en qué dirección ha de orientarse, en el caso de que el ser humano la lleve a cabo. El hombre *crea* cultura a partir de oportunidades que descubre, de posibilidades que no exigen de suyo ser actualizadas. Por eso no existe una única cultura humana.

La diversidad cultural no es síntoma de precariedad sino al contrario: la razón humana y la realidad tienen tanta riqueza que caben distintos puntos de vista y múltiples maneras de obrar. La indeterminación de la conducta humana, la plasticidad biológica, el entendimiento y la libertad, implican que ninguna expresión cultural agote las posibilidades operativas del hombre que, por lo mismo, puede adoptar una multiplicidad y de formas culturales diversas.

Aunque la creación cultural es *necesaria* para la vida humana -y se puede afirmar con Geertz que si bien no hay cultura sin hombres, tampoco habría seres humanos sin cultura-, se debe sostener al mismo tiempo que las diferentes formas que adopta el fenómeno cultural *-las culturas-* son *contingentes*.

Defender el valor de la pluralidad cultural no implica en modo alguno adoptar una postura relativista. El *relativismo* sostiene que no existen criterios que permitan comparar el valor de las teorías, manifestaciones o productos culturales, porque no existen parámetros de evaluación externos a cada cultura. Se admite que la realidad y la validez de lo que sabemos y hacemos están *culturalmente determinadas*, y que toda verdad es relativa a agentes particulares de legitimación, o al ámbito interno de una cultura. Sin embargo, es evidente que existen dimensiones y productos culturales que pueden ser evaluados “objetivamente”. Así, por ejemplo, se puede afirmar que la cultura **X** ha logrado un mayor

⁸ POLO, L., *¿Quién es el hombre? Un espíritu en el mundo*, Rialp, Madrid, 1990.

grado de desarrollo tecnológico, o que sus prácticas médicas son más eficaces para preservar la salud de sus miembros que las de la cultura Y. Aunque otras dimensiones de la cultura -como las cuestiones estéticas, o costumbres familiares, grupales, etc.- sean difícilmente evaluables atendiendo a parámetros cuantitativos.

Frente al relativismo, el *pluralismo cultural* que aquí se adopta sostiene que es posible comparar el valor de diferentes manifestaciones culturales y defender al mismo tiempo la diversidad porque se aceptan algunos criterios de valoración que son aplicables a cualquier cultura y a todos los seres humanos: los que se derivan de la naturaleza humana, en sentido filosófico: del modo de ser propio de los humanos.

La naturaleza humana es la que corresponde a un ser corpóreo, personal, inteligente y libre. Estas dimensiones constituyen el fundamento de la radical dignidad e igualdad de todos los que la compartimos. De acuerdo con este principio, pueden considerarse naturalmente buenas las manifestaciones culturales que faciliten al hombre alcanzar la perfección a la que ha de tender en cuanto humano. Y así, en la vida ordinaria se formulan con frecuencia juicios a los que se atribuye implícitamente un alcance universal. Por ejemplo, personas con un mínimo de sensibilidad pertenecientes a tradiciones culturales muy diversas, condenan el genocidio nazi, la tortura, el *apartheid*, la destrucción del medio ambiente, la explotación del hombre, el abuso de menores, etc. Este tipo de cuestiones se consideran *malas en sí mismas*, y en consecuencia, *malas siempre, y malas para todos*.

Ciertamente, la justificación de los juicios éticos de valor universal no es sencilla, y exige una consideración de la naturaleza humana en sentido teleológico, no mecanicista⁹. Pero si la naturaleza –también la naturaleza humana- es la esencia o modo propio de ser de las cosas en cuanto principio de operaciones, lo “natural” será *lo que es acorde y está en armonía con el propio modo de ser*; eso es también *bueno* y conveniente para todos, porque orienta a cada ser a alcanzar la plenitud que corresponde.

Bibliografía recomendada

CASSIRER, E., *Antropología Filosófica. Introducción a una Filosofía de la Cultura*, FCE, México, 1994.

G. AMILBURU, M., “Cultura”, en Fernández Labastida, F.-Mercado, J.A. (eds.), *Philosophica: Enciclopedia filosófica on line*, URL:

<http://www.philosophica.info/voces/cultura/Cultura.html>

GEERTZ, C., *La interpretación de las culturas*, Gedisa, Barcelona, 1987.

⁹ SPAEMANN, R., *Lo natural y lo racional*, Rialp, Madrid, 1988.